

Ricardo Rendón, el papel de la caricatura en la última década de la hegemonía conservadora*

RAÚL MORENO

Profesor de sociales de la Universidad Central

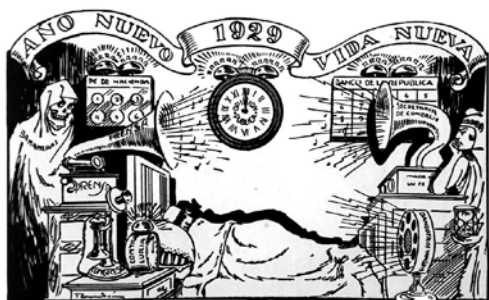


Figura 1. Caricatura titulada “año nuevo, vida nueva”.
Fuente: Rendón (1930).

Los habitantes de la Colombia de los años veinte serán testigos del avance modernizante proyectado desde el gobierno del presidente Rafael Reyes; gobierno que, de alguna forma, continuaron sus sucesores en lo que atañe al afán que tenía la élite en el poder de proporcionar una infraestructura física y tecnológica al país adecuada para la inversión extranjera. Por aquellos años—incluso hoy—, este aspecto era considerado imprescindible para hacer atractivo un territorio para la inversión extranjera.

En el plano político, el ejercicio de los dirigentes de los dos partidos tradicionales se centró en el intento de zanjar sus diferencias provenientes del siglo XIX, con miras a establecer puentes de comunicación que permitieran llegar a acuerdos y que posibilitaran el desarrollo económico de la nación. En consecuencia, los líderes de los partidos

desde principios del siglo XX entendieron que Colombia no podía vivir en paz si uno de los partidos estaba excluido de la escena política. Partiendo de este punto, en 1910 se produce una reforma constitucional que garantizó la representación de la minoría conformada por los liberales, aspecto que les permitía ser parte del Congreso y de otros cuerpos deliberativos. Aunque el liberalismo nunca estuvo complacido con la cuota que se le otorgó durante la hegemonía conservadora, y las elecciones siempre estuvieron demandadas por hechos irregulares en contra de los liberales, lo cierto es que durante las primeras tres décadas del siglo XX Colombia vivió una época de relativa paz, que se romperá definitivamente con la masacre de las bananeras y la muerte del estudiante Gonzalo Bravo Páez en Bogotá.

Durante esta época, el sueño modernizante estuvo acompañado por un período de moderación política, fundada en el pragmatismo de los cabecillas de los partidos. La nueva realidad llevó a la muerte política a muchos viejos dirigentes militares del siglo XIX, para dar paso a una nueva clase política más afín con las ideas republicanas; claro está, que estos pactos duraron muy poco, y, como veremos, en la década de los veinte se romperán para dar paso al triunfo liberal en las elecciones de febrero de 1930.

* El presente artículo hace parte de los resultados de investigación del proyecto *Imaginar la modernidad desde el Teatro Faenza: Bogotá 1924-1930*, apoyado y financiado por la Universidad Central.

El ímpetu del republicanismo pragmático, montado sobre el argumento del desarrollo económico de la nación, tendrá gran repercusión en la Colombia de los años veinte, en la medida en que la intención de los republicanos por acercar al país a la civilización producirá grandes cambios en la composición social y aumentos significativos en la demografía de las ciudades: así Bogotá, por ejemplo, pasará de tener 120 000 habitantes en 1912, a tener 235 000 en 1928 (McGreevey, 1975, p. 113). Este aumento se deberá a decisiones políticas producidas en la década anterior, y una de ellas tendrá que ver con el desarrollo de la infraestructura vial, que hará menos traumático el acceso a la ciudad y, a su vez, valorizará la propiedad de la tierra en los campos. Este aspecto propiciará el desplazamiento forzado de muchos campesinos, quienes serán expulsados de sus tierras y tendrán que huir a las ciudades, especialmente hacia Bogotá. La migración hacia la capital será uno de los graves problemas que enfrentará el régimen conservador, ya que la clase política de la ciudad se verá enfrentada a solucionar los problemas ocasionados por su crecimiento desmesurado como: la colonización de terrenos baldíos, el aumento de la delincuencia, la prostitución, la necesidad de garantizar condiciones de higiene, así como los problemas étnicos o de clase, que hoy están vinculados al tema de la *inclusión social*. Pero, quizá, lo más relevante del aumento de la población en las ciudades fue que Bogotá se convirtió en un importante fortín electoral a conquistar por la clase política, debido a que la ciudad, al contar con un gran número de electores, sería el factor esencial para asegurar el poder.

La agenda de los políticos durante estos años estuvo orientada hacia cómo enfrentar los cambios producidos por la oleada migratoria del campesinado a las ciudades —en su incipiente proceso de pro-



Figura 2. Caricatura titulada “la Bolívar Petroleum Company”.

Fuente: *El Espectador*.

letarización—, así como al hecho de buscar la mejor forma de instalarse en el proceso mercantil e industrial que, por aquel entonces, tenía grandes perspectivas de progreso. Los dirigentes políticos de la segunda década del siglo xx intentarán, en el marco de las ideas republicanas, integrarse a las aspiraciones de una incipiente sociedad burguesa, haciendo un profundo esfuerzo por implementar reformas para garantizar el ejercicio efectivo de formas democráticas.

Aunque lo anterior estuvo en los planes de los políticos de la época, la verdad es que se logró muy poco. Durante la hegemonía conservadora, y en algunos aspectos, gracias a la presión ejercida por la Iglesia católica o al nacionalismo cultivado desde la pérdida de Panamá, dichas reformas fueron imposibles y sus debates se prolongaron durante muchos años. De esta forma, pocas veces prosperaron leyes que, entre otras, implementaban normas para garantizar los derechos de los obreros y trabajadores, como el pago de los días festivos, el seguro y el descanso dominical; el acceso a la educación para hombres y mujeres; la igualdad de condiciones entre ricos. Tampoco prosperaron reformas que protegían y daban garantía en los procesos electorales para los candidatos liberales, ni el respeto

a las nuevas agrupaciones políticas de cuño socialista, que surgían avivadas por el triunfo de la revolución bolchevique, entre otras.

La ratificación de tratados internacionales como el que reconoce la pérdida de Panamá, la realización de contratos con compañías internacionales para la explotación petrolera (figura 2) y el debilitamiento de la economía europea que estaba en una profunda depresión después de la Primera Guerra Mundial, llevaron al país a una crisis económica, política y social. Lo cierto es que, a comienzos de los años veinte, el partido que estaba a punto de cumplir cinco décadas en el poder no se había podido acoplar a la nueva realidad que vivía el país; incluso, en su afán por querer cambiar esta situación y salir del desprestigio.

Así como José “Pepe” Gómez hizo maravillosas caricaturas sobre los usos, vida cotidiana y costumbres de los bogotanos de los años veinte, Ricardo Rendón surgirá como uno de los más duros críticos de los dirigentes políticos de la década. Sus caricaturas se convirtieron en sendos dardos a los gobiernos conservadores de la época, y llegó a decirse que, sin el pincel y la pluma de Rendón, no habría sido posible el triunfo liberal en las elecciones de 1930 (Colmenares, 1984, p. 5). Desde los diarios *La República*, *El Espectador*, *El Tiempo* y la *Revista Cromos*, este genial caricaturista colocaba en el orden del día los grandes debates que a la opinión pública más le preocupaban. Las caricaturas de Rendón llegaron a convertirse casi en el editorial de la prensa liberal, en la cual se denunciaban sin contemplaciones las equivocaciones de los gobiernos de Marco Fidel Suárez, Pedro Nel Ospina y Miguel Abadía Méndez. Aunque no faltaron las críticas a los dirigentes del Partido Liberal que participaron de los gobiernos de la hegemonía.

Ricardo Rendón pintó el descontento de un sector de la población que no podía

entender cómo la clase dirigente se preciaba de escribir muy bien, cuando la gran mayoría de sus habitantes era analfabeta; tampoco, cómo un país que había montado y patrocinado el surgimiento de la aviación, en aquellos años no había podido comunicar a muchas regiones por vía terrestre. La caricatura de Rendón tuvo gran influencia en aquellos iletrados que accedían a los periódicos sin saber leer, y que sin duda encontraban en las caricaturas una forma de entender lo que realmente estaba sucediendo: los escándalos de corrupción, la crisis económica, las peleas de los políticos, las leyes que se aprobaban, los tratados que se firmaban, y otros hechos de la vida cotidiana.

Como podemos observar en la caricatura 13 (figura 3), cuyo título reza “polvo eres y en polvo te has de convertir”, las caricaturas de Rendón contra el régimen conservador van a ser aniquiladoras. Las postales pintadas por Rendón casi nunca muestran grandes acontecimientos, sino que su trabajo deja ver lo que está detrás de la política y las costumbres de la dirigencia conservadora, para lo cual establece relaciones directas con los personajes retratados.



Figura 3. Caricatura titulada “Polvo eres y en polvo te has de convertir”.

Fuente: Colmenares (1984).

De esta manera, Rendón nunca pintó de forma alegórica o con idealizaciones, sino que caricaturizó a los políticos pintándolos como son en su aspecto físico y político, lo que lo diferenciaría de otros caricaturistas

de la época. El primer conservador víctima de sus ataques fue el expresidente Marco Fidel Suárez, quien fue siempre retratado de forma solitaria, ensimismado e inmovible, siempre sumiso frente a los intereses de los Estados Unidos. Como dice muy bien Bushnell (1999): “Suárez admiraba con fervor a los Estados Unidos... y tradujo su admiración en un principio que guiará la política externa de Colombia y que llamó la doctrina de la estrella polar” (p. 229).

Marco Fidel Suárez, por la simbología utilizada por Rendón en sus caricaturas, será el representante de una clase política vieja y caduca (figura 4), llena de rencillas personales, gramáticos, académicos, letrados y jurisconsultos incapaces de resolver los problemas de la clase menos favorecida. Suárez será para Rendón el típico representante de la Atenas Suramericana, cuya intencionalidad, como ya se dijo, tendrá que ver con esa inmutabilidad proporcionada por la correspondencia entre el pensamiento y el mundo, en un marco que solo se dará gracias a la representación formal lograda por la *letra*. En otras caricaturas será representado como un árbol viejo en otoño, del cual sus hojas caen. Es la representación perfecta del hombre decimonónico colombiano, que aún vivía en el espíritu de muchos dirigentes políticos durante la hegemonía conservadora.

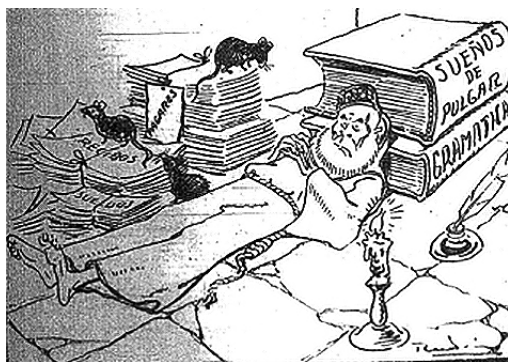


Figura 4. Caricatura titulada “El sueño de los apaches” (detalle).

Fuente: *El Espectador*.

Fiel a la tradición heredada del período de la regeneración, a Marco Fidel Suárez poco le va a importar lo que esté sucediendo en el mundo y en el país. Lo único que importa es quién va a sucederlo en el poder. Ricardo Rendón mostrará, en múltiples caricaturas, a los dirigentes del Partido Conservador más preocupados por la elección de quién va a sucederlos en el trono, que por el futuro del país (figura 5). Así es que muchos serán pintados dormidos, en salones, conspirando contra los enemigos, en pomposas cenas o rodeados de animales que simbolizan rasgos característicos de la personalidad de los dirigentes conservadores. Suárez, por ejemplo, será representado por un búho, símbolo de la tradición grecolatina que preconizaba.

Al régimen de Marco Fidel Suárez poco le importaban las críticas provenientes de la oposición (Colmenares, 1984, p. 100), y, como era propio de los dirigentes de la hegemonía, él creía que, para salir de cualquier crisis, la solución era hacer pactos por debajo de la mesa con las mayorías con las que contaba el partido en el Congreso. Lo que nunca pensó el expresidente Suárez fue que estas mayorías no lo iban a acompañar en una crisis en la que las afectadas eran estas mismas, como cuando las exportaciones de café bajaron debido a la poca demanda de Europa después de la guerra.

En aquel entonces, el país vivía una crisis fiscal como consecuencia de la reducción de ingresos para la nación por impuestos aduaneros, situación que produjo incumplimiento en los pagos de los salarios a los empleados públicos que, como hoy en día, son la gasolina para sostener el ejército de burócratas que dependen del líder político en el Congreso. A lo anterior se suma la fuerte discusión por la ratificación del tratado de 1914, que suponía la tabla de salvación para el partido de gobierno, gracias al ingreso de los veinticinco millones de dólares de los Estados Unidos por la separación

Los años veinte fueron la época del renacer de las banderas liberales, que serán ondeadas, sin lugar a duda, por Ricardo Rendón.

de Panamá. Esto produjo una grave crisis política de gobernabilidad para Suárez que lo llevó a renunciar al poder en noviembre de 1921 (Bushnell, 1999, p. 229).

La renuncia del presidente siempre fue vista como una estrategia fraguada por el propio Suárez para garantizar la aprobación del tratado, pues su reemplazo, el general Holguín, siguió gobernando bajo la dirección de Suárez y de su sucesor, Pedro Nel Ospina.

Durante la transición, Holguín siguió fiel a la tradición de compartir el poder con los liberales, a quienes se les ofrecieron varios ministerios. Pero ante las sospechas de que quien continuaba mandando era Suárez, los liberales recibieron la orden (de parte del general Benjamín Herrera, líder de la guerra de los mil días) de no aceptar los cargos, cosa que a la postre sucedió. Este escenario de ingobernabilidad marcó el rompimiento con una tradición que venía desde Rafael Reyes, y revivió una lucha partidista que desde la batalla de Palonegro no se veía. El Partido Liberal vio, ante la crisis conservadora, una oportunidad para retornar al poder. Los años veinte fueron la época del renacer de las banderas liberales, que serán ondeadas, sin lugar a duda, por Ricardo Rendón. Esto no ocurrió con los mismos dirigentes del liberalismo, quienes pactaron de nuevo durante el gobierno de Pedro Nel Ospina. Así, la caricatura producida desde la prensa liberal se convertirá en el canal de denuncia de la falta de garantías

electorales y en bastión de batalla contra la Iglesia católica que, como lo hizo durante el siglo XIX y hasta nuestros días, se alineará con el Partido Conservador (figura 6).



Figura 6. Caricatura de 1921, la Iglesia y sus prácticas conservadoras.

Fuente: Colmenares (1984).

Después del corto período de Holguín, asume la presidencia el ingeniero Pedro Nel Ospina bajo el lema “probidad y eficiencia”. Este hecho se da luego de una campaña interna bastante cuestionada por la designación de Ospina como candidato conservador, y después de que este fuera aclamado como candidato oficial. De esta forma, se rompió el acuerdo que se tenía de esperar la llegada de Vicente Concha, quien venía desde Roma, y quien representaba el ala antisuarista del partido. Con Ospina ya en la presidencia, se retornó al viejo esquema de compartir el poder con los liberales, decisión que tuvo el beneplácito del general Herrera, quien en esta oportunidad sí aceptó que miembros del Partido Liberal participaran en el nuevo gobierno. Ospina, que se había formado como ingeniero en los Estados Unidos, propendió por proporcionar al país una infraestructura física, económica y educativa como lo había proyectado Rafael Reyes; todo esto gracias

a los dineros que durante su gobierno se desembolsaron por la venta de Panamá, así como por una gran cantidad de empréstitos que se le habían aprobado a Colombia por parte de financistas internacionales.

El gobierno de Pedro Nel Ospina no tuvo que afrontar ninguna crisis económica, pero sí padeció los embates de una clase política corrupta y de un clero ortodoxo; ambos eran muy poco amigos de las reformas modernas. Un claro ejemplo de esto es lo sucedido durante el trámite a una reforma educativa que buscaba una educación en la que el Estado participara más activamente, por lo que se aceptó que una misión extranjera proveniente de Alemania aportara sus ideas para implementar un nuevo modelo pedagógico. Frente a esta iniciativa del ministro de instrucción de Ospina, la Iglesia reaccionó vehemente en contra del proyecto y exigió la salida de la misión extranjera por ser de orientación evangélica. Como vemos, la separación entre Iglesia y Estado, propia de los estados modernos, no se producirá durante los años veinte; incluso, la Iglesia todavía contaba con el poder para dar su última palabra sobre la escogencia del candidato conservador, cosa que sucedió durante las primeras décadas del siglo xx. Todo esto será utilizado espléndidamente por Rendón, quien será el único capaz de enfrentar el poder de la Iglesia. Muchas de sus caricaturas provocarán escándalo entre los miembros del clero conservador. El ejercicio de crítica contra el clero emprendido por Rendón no solo mostraba a la Iglesia como factor de poder real, sino que retrataba cómo esta era un factor de atraso (figura 7). En palabras de Bushnell (1999): “la alianza no estaba planteada entre el Estado y la Iglesia, sino más bien entre esta última y el Partido Conservador, que controlaba el Estado” (p. 232).

Pero quienes más se mostraron contrarios a las reformas propuestas por el



Figura 7. “Yo pecador” de 1931.

Fuente: *Cromos*.

gobierno de Ospina fueron los miembros de su partido. A pesar de que el Gobierno había pasado una serie de reformas presupuestales, fiscales, electorales, judiciales, a la ley de prensa, entre otras, muchas de estas se cayeron durante el trámite o su aprobación fue todo un parto que duraba muchas legislaturas, dependiendo del apetito burocrático de los gamonales regionales del Partido Conservador. Aunque, durante más de cuarenta años, el Partido Conservador había intentado construir un proyecto de nación, parece ser que para los años veinte este no había sido posible. Las disputas dentro del conservatismo por conseguir el privilegio de los dineros que estaban llegando para las regiones serán un factor bastante destabilizador para Ospina, quien será víctima de un intento de golpe de estado a manos de sus propios compañeros de partido. En un primer momento, se dijo que había sido organizado por el general Vásquez Cobo, quien aspiraba a la presidencia para el siguiente período (figura 8).

El Partido Conservador, durante el gobierno de Ospina, será visto por Rendón como una agrupación de ambiciosos, oportunistas, corruptos e ineptos (figura 9). Mostrará a Ospina como un hombre fuerte pero incapaz de contener la rapiña, los escándalos por corrupción y la injusticia



Figura 8. Caricatura “La alocución presidencial” de 1931.

Fuente: *Cromos*.

social, en medio de un país que tenía todas las posibilidades para crecer y salir del atraso. Rendón va a poner en evidencia que el lema de campaña de Ospina no se cumplió y los intentos por lograr hechos de progreso reales no se cumplieron íntegramente, y aunque durante su gobierno se pusieron en marcha proyectos que buscaban un avance integral, el progreso solo fue material porque la conciencia de la clase dirigente siguió igual.

Finalizado el período de Pedro Nel Ospina, asume la presidencia Miguel Abadía Méndez, abogado que había ocupado innumerables cargos durante la hegemonía conservadora. Este será símbolo de atraso, de apego a la tradición y contrario a la nueva realidad que vivía el país. Rendón lo pintará como un político sigiloso y marrullero, famélico y siempre vestido de sacoleva al estilo de Charlot, en pijama o como cazador —una de sus aficiones favoritas, que lo hacía ver como un miembro de la realeza de corte feudal—, indiferente frente a los problemas sociales y al crecimiento de la pauperización en las ciudades (figura 10).

Abadía Méndez tuvo que afrontar, además de las disputas internas por la presidencia, problemas financieros heredados de la cantidad de préstamos solicitados durante el gobierno de Ospina y una serie de huelgas, producto de las malas condiciones laborales que tenían los trabajadores. Asimismo, tuvo



Figura 9. “El presidente presidiendo” de 1931.

Fuente: *Cromos*.



Figura 10. “La nochebuena de Charlot” de 1931.

Fuente: *Cromos*.

que lidiar con problemas de corrupción en la Alcaldía de Bogotá.

Aunque la insatisfacción de los habitantes de la ciudad ya se había hecho manifiesta durante la administración de Ospina (con los paros de los trabajadores del tranvía y el de los barrenderos), los conflictos laborales que tuvo que afrontar Abadía Méndez fueron muy importantes, no solo por su magnitud, sino por la falta de manejo que mostró él y su gabinete frente una situación tan compleja. Ante esta problemática, que reportaba paros de trabajadores del petróleo en Barrancabermeja, de los ferrocarriles en el Pacífico, de los empleados de la bananeras en la costa y las huelgas en Bogotá por los problemas de corrupción y nepotismo en la administración local, el expresidente Abadía Méndez respondió reprimiendo violentamente la protesta o acusando a la dirigencia de estos movimientos como “comunistas partidarios de la violencia que querían incitar a una revolución como la vivida en Rusia” (figura 11). Para esto, fue promulgada la “ley

heroica”, que buscaba silenciar a los dirigentes de la oposición y que causó muchos detenidos en las regiones donde se habían realizado las manifestaciones.



Figura 12. *Chichimoco Tontini*, de 1931.

Fuente: *Cromos*.

Pero, en medio de este clima de agitación, en la ciudad de Bogotá estalló la protesta contra la Rosca manzanillista. Este escándalo, en el que algunos familiares del presidente estaban vinculados en desfalcos, comenzó cuando el entonces alcalde José María Piedrahíta se opuso a los manejos inescrupulosos que se estaban dando en las empresas del tranvía y el acueducto, hecho que ocasionó la destitución de una serie de miembros afines a una rosca que era manejada por Arturo Hernández, apodado “Chichimoco”, quien era el ministro de Obras Públicas de Abadía.

Esto llevó a que el alcalde fuera destituido por una orden presidencial. Pero el alcalde nombrado en reemplazo de Piedrahíta, el señor Luis Augusto Cuervo, no solo llegó con más bríos para continuar la lucha contra la rosca, sino que destituyó a Hernando Velasco, cuñado del presidente, y el nuevo alcalde también fue destituido por el presidente Abadía.

Esta situación y el manejo dado por el presidente encendieron los ánimos de los habitantes de Bogotá, que, convocados por Jorge Eliécer Gaitán, provocaron un boicot que mantuvo los bancos y el tranvía sin servicio. Durante el mes de junio 1929, altas personalidades de la política participaron en las multitudes que fueron reprimidas por la policía, en las que murió el estudiante Gonzalo Bravo Páez. Este hecho produjo grandes grietas en el régimen, que fue obligado, en una reunión de notables en el Gun Club, a sacar del gobierno a “Chichimoco”, al gobernador de Cundinamarca y al comandante de policía. Este incidente, como la masacre de las bananeras (figura 13), fue severamente cuestionado por la opinión pública, por lo cual la administración de Abadía perdió la poca credibilidad que aún tenía.



Cortés Vargas: ¡Yo maté cien... !
Abadía: Eso no es nada, yo maté a doscientos.

Figura 13. “Regreso de cacería” de 1931.

Fuente: Cromos.



Figura 14. “El isocronismo del péndulo” de 1931.

Fuente: Cromos.

Aunado a los malos manejos de las protestas por parte de los miembros del gobierno de Abadía, el hecho que marcó el fin de la hegemonía conservadora será la confusión generada por parte del arzobispo Ismael Perdomo, quien debería haber sido el candidato

del Partido Conservador. Aun cuando inicialmente el prelado apoyó a Vásquez Cobo, luego de una reunión con el otro candidato, este decidió expedir un comunicado con el que la Iglesia apoyaba a Guillermo Valencia. Esto hizo que algunos obispos, ante la

falta de claridad, apoyaran indistintamente a uno de los dos candidatos, lo que produjo la derrota del Partido Conservador en las elecciones de 1930. Así, luego de cuatro décadas en el poder, el período denominado “hegemonía conservadora” llegaba a su fin. ■■

Referencias

- Bushnell, D. (1999). *Colombia, una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Colmenares, G. (1984). *Ricardo Rendón. Una fuente para la historia de la opinión pública*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- McGreevey, W. P. (1975). *Historia económica de Colombia 1845-1930*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Rendón, R. (1930). “Año nuevo, vida nueva”. En *Caricaturas*. Bogotá: Editor Cromos.